

Mormena Éstringana

EL
CÍRCULO
PERFECTO
INMORTAL



El círculo perfecto inmortal.
El reino del águila III
Moruena Estríngana



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

El círculo perfecto inmortal.

©Moruena Estríngana

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: SW Design

Imagen de la cubierta: ©Y Photo Studio/ Shutterstock

Primera edición: Abril 2017

ISBN: 978-84-946975-6-2

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de contenidos

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Dedico este libro a todos los amantes de la novela fantástica.

A todos aquellos que creen en mundos mágicos capaces de trasportarnos a un lugar lleno de magia e ilusión donde todo es posible y nuestro único límite es dejar de creer en que todo sea posible. Solo debes dejarte llevar y disfrutar.



Prólogo

No podía creer que la mujer con la que se acababa de casar, lo condenara a algo así. No podía asimilar que ella le hiciera eso.

Observó su mirada y comprobó la rabia y la sed de venganza brillando en sus verdes ojos. Era como si la viera por primera vez. Todo aquello no podía ser real, parecía sacado de una pesadilla.

La daga clavada en su pecho le provocaba la muerte, su cuerpo se congelaba poco a poco, y ya sabía que notaría cómo este intentaría regenerarse una y otra vez sin éxito. Nunca hallaría el descanso deseado.

Su vida sería un infierno, pero nada comparado a no comprender qué había hecho a su amada para que le deseara ese destino.

Iba a tener mucho tiempo para pensar y para odiarla.

Cada día que pasara en esa agonía, la odiaría más pero sabía que un día la vida los juntaría de nuevo y cuando ocurriese, sería él quien la condenaría para siempre.



Capítulo 1

Brianna

Me adentro por el pasadizo de tierra que hay bajo el reino. Estaba durmiendo y tuve una premonición, pero lo más escalofriante es que cuando desperté, escuché que alguien me llamaba, que decía mi nombre y sentí que esa voz dura y penetrante era del joven encerrado. En cierto modo es como si él me guiara hacia su cautiverio.

Una parte de mí pensó en pedir ayuda pero lo descarté claro, no me gusta poner en peligro a nadie y a la hora de la verdad estamos solos. Esto es algo que debo hacer yo. Es mi misión. Así lo siento.

He creado magia para poder ver en esta oscuridad, esperando que las luces blancas me guíen entre estos húmedos pasadizos. Son las dos de la mañana, no hay nadie despierto en el hotel *La Tormenta* por lo que nadie se dará cuenta de que me he ido hasta mañana.

Desde que Lucian se fue, me instalé en su cuarto en la guardilla. Lo echo de menos y no puedo dejar de leer sus planos de la puerta para hallar la forma de llegar a ellos. Creo que sé cómo hacerlo o que los del otro lado vengan. Es una suerte que tenga el poder de la visión y que al tocar según que objetos, a mi mente acudan imágenes que me guían hacia donde quiero ir. No suele ser siempre y además, aparecen cuando menos quiero. Si quiero forzar una visión suelo quedarme sin fuerzas y las pocas veces que lo he hecho casi he muerto en el intento. No es muy agradable. Por eso evito hacerlo si no me queda más remedio. Una parte de mí siente que si lo intentara de nuevo podría morir. El destino está escrito y obligarle a revelar sus designios no le gusta. Solo él decide qué pistas darte y cuándo. El problema es que yo no tengo siempre paciencia.

—Brianna. —Me llega mi nombre alto y claro y me detengo.

Noto que el corazón me da un vuelco. Me giro y busco una entrada. Hay un camino claramente señalado pero algo me dice que no es por ahí. Sigo mi instinto y cierro los ojos. Ando a ciegas sintiendo, como si un hilo invisible tirara de mí y funciona.

Voy hacia una pared y mi mano libre se mueve en busca de algo. Encuentro una palanca oculta y abro los ojos para ver cómo la pared de tierra se abre ante mis ojos.

Entro en una sala a oscuras que poco a poco se ilumina con mi magia y la noto más fuerte que nunca.

Nunca he sentido tanto poder recorrer mis venas.

Tiemblo, soy valiente o eso quiero aparentar. Más bien hago las cosas y luego las pienso. El problema es que desde que he entrado en esta sala, mi corazón late acelerado y siento que todo mi mundo está a punto de cambiar. No puedo huir. Lo que sea que hay aquí o quién sea, está ligado a mí.

Así lo siento.

Es tan intensa la unión que me da escalofríos y cuanto más me acerco, más noto mi poder aumentar y no tiene sentido. Busco temerosa el origen de la llamada y aguanto un grito cuando veo a un hombre helado. El hielo es transparente y puedo ver con claridad su cuerpo. Tiene en el pecho una daga clavada y sobre él hay una preciosa flor que no he visto en mi vida. Está ahí conservada gracias a una burbuja mágica y brillando con una intensidad increíble. Es de color púrpura y dorada.

Me acerco al joven y veo que sus ojos están cerrados. Su cara no está congelada, pero tiene el gesto cansado como si el dolor fuera insoportable. No está muerto, pero su gesto es de agonía, de dolor. Es como si estuviera padeciendo un tormento inaguantable.

La luz se va apagando y uso mi poder para hacerla más intensa. Me voy hacia atrás cuando no controlo mi propio poder al sentirlo más fuerte que nunca. No tiene senti-

do. Miro al joven y trato de usar mi poder para descongelar el hielo.

Caliento el hielo. No sirve de nada. No funciona. Frustrada miro a todos lados para ver cómo puedo sacarlo, sabiendo que seguramente no me quede otra que pedir ayuda.

Miro por la cueva y al alzar la vista me veo reflejada en un espejo y tengo la certeza de que llevo viéndome reflejada en él desde que me convocó en el cristal. Ahora no tengo dudas de que este joven me ha llamado a mí por algo. En este tipo de espejos puede pedir qué ver del mundo exterior y localizar así a las personas, pero debes saber dónde se encuentra esa persona para poder buscarla y parece que creyó, al verme, que yo escucharía su llamada.

Pero... ¿por qué me ha buscado a mí?

Lo miro. Abre los ojos de golpe. Los ojos dorados más increíbles que he visto en mi vida me contemplan. Me miran tras unas negras y espesas pestañas. Aunque esté enfermo, no puedo ignorar su atractivo, y lo peor es que siento que ya me he visto reflejada en esos ojos con anterioridad. Lo cual es imposible. Lo recordaría. Recordaría si me he topado con alguien así.

—La planta. Dame la planta... —Cierra los ojos de nuevo.

Su voz es apenas un susurro sin fuerzas. Miro la planta y me subo usando mi poder para cogerla, como si pudiera andar sobre el aire. Trato de coger la burbuja pero esta me lanza despedida contra la pared.

Me levanto. No pienso rendirme.

Uso mi fuerza y dejo que el aire de la sala se enrede entre mis piernas para impulsarme hacia la planta. La cojo con las dos manos. Me atraviesa su afilados pinchos. Grito de dolor y de desconcierto cuando tengo una visión en la que aparece alguien idéntico a mí poniendo la flor aquí y lanzando un conjuro. No puede ser. Yo nunca he hecho esto.

Me sujeto con fuerza a la burbuja hasta que estalla en mil pedazos y noto cómo los cristales me perforan las ma-

nos, y uno de ellos la mejilla. Cojo la planta antes de que caiga y de que lo haga yo. Noto el suelo duro bajo mi cuerpo. Desconcertada por todo lo que estoy viviendo, me levanto como puedo y llego al joven encerrado. Le pongo la planta entre sus gruesos labios y la devora. En menos de un instante el hielo se rompe en mil pedazos.

No tengo tiempo para cubrirme apenas y cuando quiero darme cuenta, algo perfora mi estómago. Bajo la vista y veo la daga que atravesaba al joven en mi estómago empuñada por él.

—¿Por qué? —digo notando cómo la vida se me apaga.

—Porque todo esto es por tu culpa. Esta es mi venganza.

Me caigo incapaz de retener mis fuerzas y antes de perder la consciencia una nueva visión me golpea y veo parte de la verdad pasar ante mis ojos. No puede ser.

Entrelazo mis ojos con los suyos y espero la lenta muerte



Escucho voces pero no me puedo despertar. Siento una fiebre muy alta y un dolor agudo en el estómago.

—¿Quien le ha hecho esto? ¿Por qué le han hecho esto a mi hija? —La voz angustiada de Jeff, mi recién descubierto padre, penetra en mis oídos.

Está aterrado y alguien no deja de llorar.

—Se va a curar, ¿verdad? —pregunta Rosa, mi madre y la mujer de mi padre desde hace muy poco.

Ahora mismo no tengo ganas de pensar en todo esto. En lo que siento ante este descubrimiento. Aún no he asimilado nada, y eso es porque hace poco estaba en cama. Por querer ayudar a Danna, aunque lo volvería hacer.

Me muevo y noto que pierdo el conocimiento.

—Van a volver con la cura. —Escucho que dice Jeff—. Estoy convencido de ello... ¿Y tú quién eres?

—Esta es la cura... —Esa voz.

Me remuevo pero mi cuerpo no responde. ¿Por qué ahora me quiere curar? ¡Él me hizo esto! Por un motivo. Por un doloroso motivo.

—¿Y tú quién eres?

—Nadie que te importe —dice con una voz dura y algo cansada—. Si no se lo das ya, morirá. Y si no me crees, vuestro rey debería congelarla para que no llegue el veneno a su corazón.

—Es peligroso...

—Pues entonces creo que te quedan pocas opciones.

—¿Qué hacemos? —pregunta Jeff seguramente dirigiéndose a Rosa y Charo.

Trato de decirles que lo hagan cuando pierdo una vez más el conocimiento.



Abro los ojos cuando noto el sol darme de lleno en la cara. Me encuentro con los preocupados ojos azules de Lucian. Pienso que estoy soñando o que he muerto, y que él está en el cielo.

—¿He muerto?

—No, pero casi —me dice antes de abrazarme algo raro en él y en mí porque acepto de buen agrado, aunque como siempre no sé cómo devolvérselo y me quedo inerte entre sus brazos.

Es como mi hermano mayor y pensaba que no lo volvería a ver. Lo he echado de menos.

—Pensé que no te vería de nuevo.

—Y yo, pero tenía alguna idea de cómo viajar en el tiempo y la preocupación que tenía por ti hicieron el resto. Me daba igual que no saliera bien. Tenía que intentarlo.

—Y lo has logrado. —Asiente—. Es porque tú viviste en esta época y tu poder está en la roca. —Confirma de nuevo—. Estaba tratando de descubrir cómo usarlo para poder ir a veros... —Me cuesta hablar. Noto que los parpados me pesan. Me niego a quedarme dormida porque temo no volver a verlo.

—Descansa, nos vemos pronto.

Me quedo dormida sin remedio. Odio sentir esta debilidad.



Abro los ojos de nuevo y veo ante mí a Rosa. Al verme despierta me abraza con fuerza y tiembla entre mis brazos. Me quedo desconcertada. Es mi madre, la mujer que me dio a luz y la que me perdió por culpa de la codicia.

Tengo miedo. Miedo de quererla y perderla. Siempre he añorado tener unos padres y ahora que los tengo no sé qué hacer con ellos, con lo que siento. Por eso no cierro mis brazos en torno a ella como me muero por hacer.

—Me estás aplastando —digo con una sonrisa, en vez de indicarle que no me deje de abrazar nunca, que entre sus brazos me siento protegida y querida.

Se separa y parece agobiada.

—Lo siento yo...

—No pasa nada —menciono con una sonrisa.

Me siento mejor y me incorporo en la cama. Alguien me pone los cojines y al girarme veo a Charo feliz.

—Ya vale de darnos estos sustos Bri. Estoy cansada de temer tanto por ti, niña.

Sonrío y busco a Jeff, quien entra por la puerta con una bandeja de comida. Al verme incorporada en la cama, sus ojos azules relucen de felicidad. Se acerca y me mira no queriendo parecer preocupado.

—Me alegra tenerte de vuelta, y ahora cómete esto.

—Solo si me prometes que Charo no se ha acercado a la comida.

—¡No me han dejado! ¡Y eso que he estado practicando con Rosa! —Trata de hacerse la ofendida pero no lo logra. Odia cocinar. Lo que más le gusta es cotillear y no hacer nada.

—En ese caso no puedo decir que no, me muero de hambre.